

Editorial de diciembre 2011

***“El niño iba creciendo y se fortalecía, lleno de sabiduría,
y la gracia de Dios estaba con él.” (Lc. 2,40)***

Después de la llegada de Jesús en Navidad, celebramos la fiesta de la Sagrada Familia. El evangelista Lucas dos veces repite en su relato un detalle fundamental: volvieron juntos Jesús, José y María a Nazaret, a su casa. Y fue la intimidad del hogar, el entorno cálido y seguro de la familia el que favoreció tanto el crecimiento físico como el crecimiento en la sabiduría otorgada por la gracia. El mejor ámbito para que una vida se desarrolle con el cuidado que necesita es la familia.

La familia es el lugar donde nace, se protege y fortalece la vida. Consolidar este lazo fundante de la sociedad, permitirá vivir en la seguridad de tener un espacio al que se pertenece sin condicionamientos, que siempre será un lugar de referencia, de refugio y de amparo. No obstante, la historia nos muestra que la familia siempre ha sufrido amenazas, por ambición, por soberbia, por ansias de poder, por egoísmo... Los peligros han acechado y aún hoy acechan por todas partes.

En el Evangelio vemos que la Sagrada Familia no fue eximida por Dios de las dificultades. José tuvo que sacar con urgencia a su familia de Belén para preservar a Jesús de la persecución de Herodes. Así vemos como pudieron sortear los peligros gracias a la disposición tanto de María como de José, quienes supieron estar atentos a las advertencias y orientaciones inspiradas por Dios. Es que para escuchar a Dios hay que desarrollar la capacidad de contemplación, la interioridad, para lo cual hay que salir del ruido y la vorágine.

Hoy necesitamos poner mucho empeño para cuidar la vida. Estamos desorientados ante tantas adversidades. Por eso debemos volver nuestra mirada al ejemplo claro y concreto de la Familia de Nazaret, que nos mostró que la familia es imprescindible. Los lazos que en ella se originen y desarrollen, generarán verdaderos vínculos que se proyectarán hacia la sociedad. Porque todo lo que se vive en la familia se proyecta al entorno, consciente o inconscientemente.

Recientemente, casos muy difundidos de muertes de niños inocentes en nuestro país, nos han dejado perplejos y con muchos interrogantes. ¿Qué permitió que estos niños estuvieran tan desprotegidos y a merced de tanto peligro? No podemos dejar de pensar que en el contexto de estos y otros hechos penosos y alarmantes -vicios, adicciones, violencia de todo tipo...- existen desajustes estructurales de la familia -ideológicos, sociales, culturales, vinculares... - y como consecuencia, de la sociedad.

La responsabilidad es de todos, por eso nos hacemos eco del anhelo expresado por Juan Pablo II en *Evangelium Vitae*: “...que resurja o se refuerce a cada nivel el compromiso de todos por sostener la familia para que también hoy ella se mantenga siempre, según el designio de Dios, como «santuario de la vida».” (6)

Para llevar adelante una auténtica Pastoral Familiar, es preciso llenarnos del espíritu de la Familia de Nazaret, ya que su ejemplo, nos permitirá definir nuestros proyectos pastorales. En María y José observaremos que el verdadero trabajo efectivo es en el silencio y la intimidad; en lo cotidiano, esforzándonos en establecer vínculos sanos y seguros, aceptando y ayudando a crecer con mucha misericordia a quienes están más cerca. Poco o nada dicen los evangelios de los treinta años de la “vida oculta” de Jesús, simplemente que “crecía en sabiduría y gracia”, alimentado por los vínculos con sus padres y su pueblo...

Cuidando la familia, preservamos la vida.

María Celia y Juan Pérez Campos
Diócesis de Posadas